

en las funestas consecuencias de la falta de atencion y de prevision! pero las hemos previsto, y todo sin fruto.

Dios mio, qué sabios han sido los santos por haber tenido siempre las lámparas encendidas en la mano. Qué dichoso ha sido un S. Abraham por haber pasado cincuenta años sólo en el desierto sin pensar mas que en este momento decisivo, á fin de no ser sorprendido por la llegada del soberano Señor. ¿Seria posible, Señor, que despues de todas las reflexiones que acabo de hacer, tuviese todavía la desgracia de ser sorprendido? No permitais, Señor, que la resolucion que yo tome en este momento sea ineficaz. De aquí adelante no habrá dia ni hora en toda mi vida en que no piense en este último momento.

JACULATORIAS.—No me llameis, Señor, en medio de mi carrera, no sea que me encuentre sorprendido. (*Psalm. 101.*)

Séquese mi mano derecha, y quedésemé inútil, si pierdo jamás de vista la celestial Jerusalem. (*Psalm. 136.*)

PROPOSITOS.

1.º ¿Qué se diria de una persona que teniendo un pleito de una consecuencia infinita, pronto ya para fallarse, pensase en cosas diferentes, y que en lugar de instruir á sus jueces, de solicitarles, de prepararse á responder, pasase los dias en divertirse, y no se emplease mas que en inutilidades? ¿Nos portamos nosotros mas sabiamente? ¿la analogia no conviene enteramente? ¡Qué horrible es el ser sorprendidos en la muerte, despues de haber sido advertidos cien veces de que lo seríamos! No difirais el tenerlo todo pronto. Ciertamente no querriais comparecer delante de Dios tal como estais; y ¿serán mejores las disposiciones con que comparecereis? ¿Y viviendo como vivís, teneis motivo para creer que morireis tranquilamente? No escuchéis al espíritu que os inclina á trasladar para otro tiempo una conversion, una reforma que deberia estar hecha hace ya muchos años. Teneis alguna reconciliacion que concluir, ciertas cuentas que arreglar, algun salario que pagar, alguna restitucion que hacer; ya se os ha advertido que no dejéis para otro tiempo lo que no se difiere jamás sin riesgo. Todo debia estar resuelto, y aun está todo por hacer. Así es como uno se engaña á sí mismo toda su vida. No seáis por mas tiempo el juguete de vuestras irresoluciones; el negocio es de la mayor consecuencia. Consultad hoy mismo con un sabio y zeloso director, y determinad con él lo que habeis de hacer para estar pronto para

prepararos á comparecer delante de Dios en este mismo dia.

2.º Considerad cada dia como si fuese el último de vuestra vida, y no comenceis ninguno sin pensar que puede ser que no le concluyais. Es una práctica muy santa el terminar siempre la oracion de la mañana y de la noche por un acto de contricion y por el *De profundis*. Es esta una oracion que debeis hacer por vosotros, como por los demás. S. Pablo se consideraba como si á todas horas estuviese moribundo: *Quotidie morior.* (1. Cor. 15.) Sta. Teresa no oia jamás sonar el reloj, sin que se dijese á sí misma: ya estoy una hora mas cerca del soberano Señor. En fin, procurad desde este momento poner en buen estado los negocios de vuestra conciencia; cuidad de que estén bien ajustadas todas vuestras cuentas; que despues del *Ave María*, que debeis rezar todas las veces que oyereis tocar la hora, podáis añadir estas bellas palabras del Profeta (*Psalm. 56.*): Mi corazon está, Señor, preparado; mi corazon está preparado; yo os espero en toda hora. Dichoso el siervo al que cuando llegue su Señor le encontrare en el ejercicio de esta práctica de piedad. (*Matt. 24.*)

Tomad hoy la resolucion de ser este siervo vigilante y fiel. Por adelantado que uno esté en los caminos del Señor, siempre se necesitan estas pequeñas prácticas de piedad para prevenir la flojedad, y para despertar el fervor. La inconstancia en servirse de estas piadosas industrias ó el olvido de ellas debilitan la mejor voluntad, y producen el disgusto. No os desanimeis, el enemigo de la salud se aprovecha muchas veces de nuestro enfado. Descuidamos ú olvidamos la mayor parte de estas pequeñas prácticas, no nos impacientemos; renovemos diariamente nuestra resolucion; pidamos á Dios nuevos socorros; digamos cada dia, y en todas las horas del dia: *desde este momento empiezo*. Esta perseverancia en querer no deja nunca de producir fruto.

VIERNES TERCERO DE CUARESMA,

QUE TAMBIEN SE LLAMA DE LA SAMARITANA.

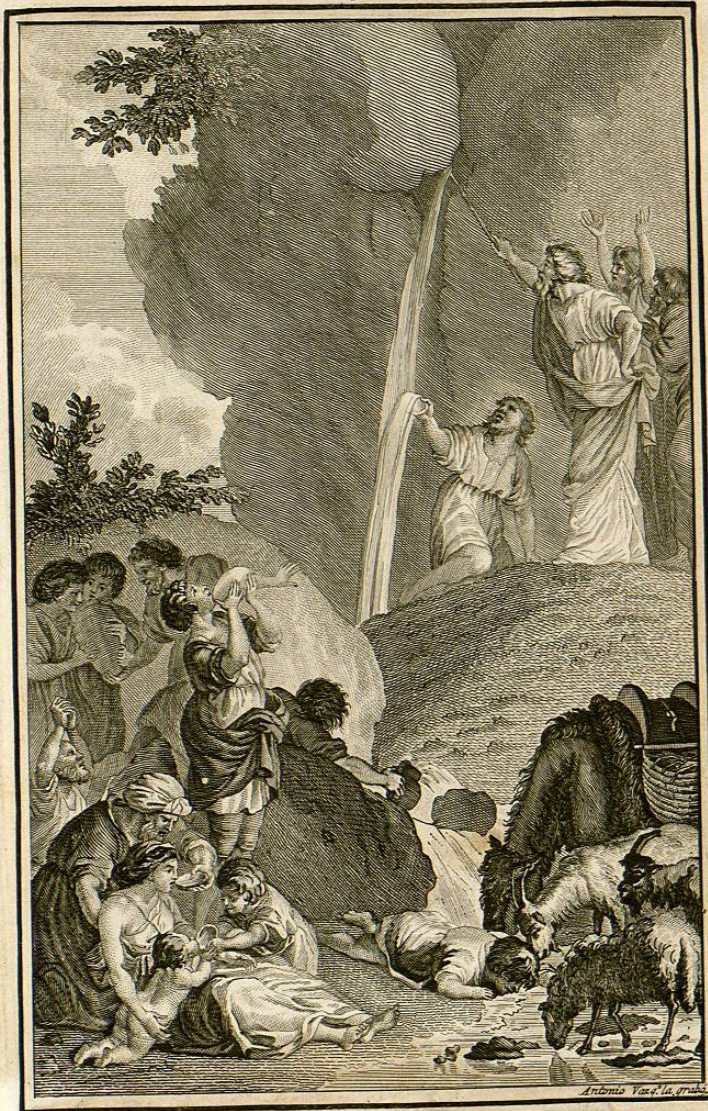
PUEDE decirse que la misa de este dia está llena de misterios, y que contiene en compendio toda la economía de la salvacion. El deseo sincero de un pecador que quiere convertirse, y que es como la primera disposicion de su conversion, se ve en la plegaria con que empieza la misa; la Epístola es una figura de lo que pasa en la conversion del pecador, y el Evangelio es el cuadro que la representa.

Dad, Señor, decimos en el introito de la misa, una señal

brillante de vuestra bondad conmigo; vean mis enemigos que me socorreis y me consolais, y queden por esto cubiertos ellos de confusion. Señor, atended á mi oracion, y oidme, porque me hallo en el desamparo y la indigencia. Esta es la oracion que hace á Dios en el salmo 85 David perseguido por Saul, ó por Absalon, cuando andaba errante y espuesto á las mayores desdichas durante su desgracia. Si el estado lamentable en que se hallaba entonces el real Profeta es la figura del pecador, la oracion que hace á Dios puede servir de modelo de la que debe hacer al Señor el que está en desgracia suya. S. Agustin espone todo este salmo, aplicándolo á Jesucristo cargado con nuestras iniquidades, el cual caminando á padecer, pide á Dios su Padre que le asista, y predice su resurreccion, y la vocacion de los gentiles á la fe y á la Iglesia.

La Epistola contiene la historia del milagro que obró Moisés haciendo que saliese de una roca una fuente viva en favor de los israelitas, que hallándose en un desierto seco y estéril morian de sed. Esta agua milagrosa dice relacion á aquella agua viva que el Salvador ofrecia á la Samaritana en el Evangelio de este dia, lo cual ha hecho elegir esta Epistola. Está tomada del capitulo 20 del libro de los Números.

Habiendo pasado los israelitas cerca de dos años despues de su salida de Egipto por el desierto de Sin, se acamparon en Cades-Barné. La escasez de agua hizo que el pueblo murmurase contra Moisés y Aaron. ¿Por qué no nos habeis dejado morir en Egipto, les decian? no faltaban allí sepulcros para enterrarnos. ¿Era preciso obligarnos á hacer un viaje tan largo para que viniésemos á morir de sed en este miserable país, donde no se puede sembrar, que no produce ni higueras, ni viñas, ni granados, y en donde no se halla ni aun agua para beber? ¿Por qué habeis traído el pueblo del Señor á este desierto para que muramos en él de sed nosotros y nuestras bestias? Habiéndose hecho general la murmuracion, iba á estallar la rebelion de todo el pueblo contra Moisés, cuando el hombre de Dios y su hermano Aaron entraron en el tabernáculo que habian erigido en medio del campo, y allí postrados con el rostro pegado á la tierra; Señor, exclamaron, oid los clamores de este pueblo, y abridle el tesoro de vuestra misericordia, compadeciéndoos de ellos; haced por vuestra omnipotencia que nazca una fuente de agua viva, á fin de que refrigerados cesen de murmurar contra mí y contra vos. Su oracion fué oída. La gloria del Señor apareció sobre ellos; vióse al parecer una nube luminosa, de en medio de la cual se hizo oír la voz del Señor. Toma en tu mano la vara,



dijo Dios á Moisés, y habiendo reunido el pueblo junto á la roca de Horeb, habla á la piedra en su presencia, y ella os dará una fuente copiosa que no se agotará, y proveerá agua con abundancia para el pueblo y para el ganado, y tambien para las bestias de carga. Era esta vara el baston milagroso de que Dios se habia servido tantas veces para obrar tantos prodigios por el ministerio de Moisés. El legislador no la llevaba siempre, sino que la dejaba en el tabernáculo, como una cosa sagrada. Tomó Moisés la vara, y habiendo reunido el pueblo delante de la roca, levantó la voz para que pudiese oírle la multitud: Escucha, pueblo ingrato, les dijo, gente de poca fe, pueblo rebelde, ¿piensas que no podemos sacar agua de esta roca y hacer que nazca una fuente de agua viva de esta piedra? Entonces Moisés levantando la mano, hirió dos veces la piedra con su vara, y al segundo golpe brotó una fuente abundante que surtió largamente de agua á todo el pueblo y á las bestias.

S. Agustin y muchos otros Padres encuentran en estas palabras de Moisés no sé qué perplejidad que les hace creer que Moisés temia que la promesa del Señor no tuviese efecto, y creen que su confianza era vacilante; no porque dudase del poder absoluto de Dios, sino que dudaba, al parecer, si en esta circunstancia, atendida la murmuracion del pueblo y su espíritu de sedicion, querria Dios darles señales de su bondad y de su poder, y por lo mismo parece prevenirle, echándole en cara su incredulidad y su rebelion. Indispuesto y perturbado el espíritu del legislador á vista de la ingratitud del pueblo, dice el Salmista (*Psalm. 150.*), desconfió de la promesa del Señor y dudó si cumpliria su palabra. Por esto, dicen los Padres, que Dios irritado de su desconfianza no concedió el milagro al primer golpe, y fué necesario herir dos veces la roca: esta suspension del efecto fué el castigo de su duda.

Moisés y Aaron cometieron otra falta en esta ocasion: Dios les habia mandado que hablasen simplemente á la roca: *hablad á la piedra delante de ellos*. Sin duda se lo habia mandado así para que el milagro fuese mas patente á los ojos del pueblo. Moisés siguiendo mas bien su espíritu que el orden de Dios no habló, solo golpeó la piedra; el Señor enojado tambien por esta inobediencia les castigó severamente por ella. Yo os habia escogido, dice Dios, para que condujeseis mi pueblo á la tierra de promision; pero porque no habeis tenido confianza, porque vuestra fe se ha presentado vacilante á vista de todo el pueblo, al cual por este motivo habeis dado una idea poco ventajosa de mi poder, y con vuestro ejemplo le habeis confirmado en su incredulidad y

hecho mas ingrato á la memoria de mis beneficios y de mis maravillas, no introducireis este pueblo en el país que yo le daré, ni vosotros mismos entraréis en él. Ejemplo formidable que enseña á todos los fieles, pero singularmente á los ministros de Jesucristo, y á todos los que Dios ha encargado de la salvacion de los demás, quanto importa el ser obedientes á sus órdenes. ¡Cuán temible es que muchos despues de haber conducido á otros por el camino del cielo no entren ellos en él, y sean escluidos para siempre! *Esta es el agua, llamada de contradiccion*, en donde los hijos de Israel se amotinaron contra el Señor, y que les fué concedida para apaciguar su sediccion y sus murmuraciones. El Señor no dejó de sacar de esto su gloria, haciendo brillar en ello su poder.

El Evangelio contiene la historia de la conversion de la Samaritana. Celebrada por Jesucristo la primera Pascua en Jerusalem, despues de su predicacion, viendo que los fariseos comenzaban á tener zelos por las maravillas que obraba, y por el gran número de sus discipulos, dejó la Judea por algun tiempo, y tomó el camino de Galilea. Como era preciso que pasase por la provincia de Samaria, llegó á una de las ciudades del país, llamada Sichar, antiguamente Schem, cerca de dos leguas distante de la ciudad de Samaria, muy próxima á la tierra que Jacob habia dado en herencia á José, su hijo. A doscientos pasos de la ciudad estaba el célebre pozo de Jacob, que servia de fuente comun. Fatigado el Salvador del camino y del calor se sentó junto á este pozo para descansar, en tanto que sus discipulos habian ido á la ciudad para comprar que comer. Era cerca de la hora de sexta del dia, esto es, al mediodia, cuando una mujer, samaritana de nacimiento y de religion, vino para sacar agua. La aversion que tenian los judíos á los samaritanos, y los samaritanos á los judíos era mutua; divididos en religion como en costumbres, no podian sufrirse, y no tenian comercio alguno entre sí. Los judíos podian sí comprar los viveres de los samaritanos, pero de ningun modo recibirlos graciosamente, porque el don es una señal de amistad que les estaba proscrita. El Salvador que tenia ya formado su designio, la dijo si queria darle de beber. Jesucristo pide á la Samaritana un poco de agua, para producir en ella el deseo de una agua mucho mas escelente, que él solo podia darla. Del mismo modo el Señor nos pide muy poco en los principios para tener motivo de colmarnos de sus mayores dones; y concediéndole esto poco, nos ponemos en estado de recibir la plenitud de los dones celestiales que nos prepara. Aquella mujer, que por su vestido y por su lenguaje conoció que era ju-



dio, quedó al parecer admirada de su petición. ¿Como, le respondió, siendo tú judío, me pides á mí de beber? ¿ignoras que no hay comunicacion alguna entre las dos naciones? No lo ignoro, repuso el Hijo de Dios, tú eres la que ignoras quién es el que te habla. Si tú conocieses al que te pide del agua de este pozo, le habrias tú ya rogado que te diese de otra agua viva de que él mismo es la fuente. Esta respuesta la sorprendió. ¿Qué es lo que quereis decir, Señor, replicó ella; qué agua viva es esa que me prometeis, y en donde está la fuente? esta es excelente, y no hay otra tan buena en todos estos contornos; ¿sereis acaso mas poderoso que Jacob, nuestro padre, de quien somos nosotros los herederos? él es el que hizo abrir este pozo para él, para sus hijos y para sus rebaños, y nosotros sabemos que él apreciaba esta agua, y que no bebía de otra. Los samaritanos eran como estraños á la raza de Israel, como que era un pueblo reunido de diversos países que Salmanasar trasportó á la provincia. Se lisonjeaban, sin embargo, de que descendian de Jacob; pero los judíos los miraban como gentiles, porque habian juntado las supersticiones paganas con las ceremonias judaicas. Viendo Jesus que estaba dispuesta á escucharle, comenzó con su dulzura ordinaria á instruirla. Cualquiera que bebiere del agua de este pozo, respondió el Salvador, no apagará su sed sino temporalmente; pero los que bebiere del agua que yo les diere, no tendrán nunca sed, y esta agua llegará á ser en ellos una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna. De este modo el Salvador, siempre admirable en la conversion de los pecadores, se acomoda al espíritu y hasta á las mismas ideas groseras de aquella mujer. Espera junto al pozo adonde sabia bien que vendria á sacar agua; no la pide de beber sino para trabar conversacion con ella; se sirve de lo que ella le dice para desenvolverla poco á poco los mas grandes misterios, y la obliga insensiblemente á que le pida la esplicacion de ellos inspirándola el deseo de saberlos.

Señor, responde la Samaritana, yo confieso que el agua de que me hablais vale mas sin comparacion que todas las vuestras; dadme, pues, de ella, y así quedaré libre para siempre de la incomodidad de la sed y de la fatiga de venir á sacar agua á este pozo con tanto trabajo. El Salvador queria que ella deseara la gracia que tenia ánimo de concederla, y que ella misma la pidiese. Dios jamás nos convierte contra nuestra voluntad. La verdadera voluntad de convertirse es siempre una disposicion necesaria para una conversion eficaz. Jesus deseaba conceder á la Samaritana la fuente de agua viva que la ofrecia; pero queria dis-

ponerla para que se hiciese digna de ella por la confesion y el dolor de sus pecados, y por el conocimiento del Mesías. Estoy pronto á concederte lo que me pides, le dijo el Salvador; pero ve, y haz venir á tu marido, á fin de que participe de la gracia que yo quiero hacerte. No tengo marido, respondió la mujer. Muy bien has dicho, repuso el Salvador, porque el hombre con quien vives al presente, no es tu marido, lo mismo que los otros cinco con quienes has vivido, como si hubieses estado legítimamente casada con ellos. De este modo lo esplica S. Crisóstomo.

Quedó cortada con estas palabras la Samaritana; pero la vergüenza de ver descubiertos sus desórdenes, y de sufrir la reprehension de ellos, la hizo echar diestramente á un lado el discurso. Señor, dijo ella, conozco que sois profeta, y por lo mismo ninguno como vos puede ilustrarme sobre una cuestion que hace muchísimo tiempo tiene divididos en la creencia á los judíos y á los samaritanos. Es cierto que nuestros padres han adorado siempre á Dios en el templo, que está edificado aquí sobre la montaña de Garizim, sobre la cual se dice que Abraham quiso sacrificar á su hijo, y en la que Jacob erigió un altar á la vuelta de su viaje de Mesopotamia; y vosotros los judíos decís que no se le debe adorar sino en el templo de Jerusalem; ¿quién se engaña? El Salvador que conocia bien que aquella mujer con sus cuestiones fuera de propósito, no trataba mas que de alucinarle (pintura fiel de una alma pecadora á quien la gracia persigue, y que trata de sustraerse á la gracia) no se incomoda. Respondió aun con dulzura y con una condescendencia amable á sus preguntas artificiosas; pero respondió instruyéndola, sin perder de vista su fin, que era la conversion y la salud de aquella pecadora. Créeme, la dijo, ha llegado el tiempo en que las prácticas supersticiosas de vuestra falsa religion y las ceremonias judaicas, aunque santas, deben cesar, para dar lugar al solo culto verdadero. El error va á dejar el lugar á la verdad, y las sombras á la luz. Las observancias exteriores del judaismo van á convertirse en un culto interior y espiritual, que no estará ceñido ni al lugar ni á los templos. Se podrá adorar á Dios en todas partes, con tal que en todas partes se le adore en espíritu y en verdad; esto es, que no se haga consistir todo el culto que se rinde á Dios, y todo el espíritu de la religion en puras ceremonias exteriores: ellas son santas, son aun necesarias; pero el mérito del culto se toma del espíritu y del corazón con que se rinde: y este culto no está ceñido á un lugar, ni envuelto en figuras; debe ser puro, afectuoso, desinteresado, religioso, sincero,

y como Dios es espíritu, pide un culto verdadero y espiritual. Mientras que el Salvador desenvolvía tan grandes misterios á la Samaritana, su gracia adelantaba mucho en su corazón el milagro de su conversion; ella estaba encantada y aun conmovida del discurso del Salvador; pero rehusaba todavía rendirse á las urgentes sollicitaciones de la gracia, y no sabiendo qué responder, apela al Mesías el cual enseñará á qué es á lo que se debe deferir, y dirá lo que se debe hacer. Viéndola entonces el Salvador con tan santa disposicion: He aquí, pues, el Mesías que esperas, la dijo; yo que hablo contigo, soy ese mismo.

Apenas acabó de decir esto llegaron sus discípulos. Quedaron sorprendidos viéndole conversar con una mujer; sin embargo no se atrevieron á preguntarle el motivo de esta conversacion. No obstante, no bien el Hijo de Dios hubo dicho con claridad á la Samaritana quién era, cuando difundiendo la fe su luz en su entendimiento, y triunfando la gracia de su corazón, dejó allí su cántaro, fué corriendo á la ciudad, y empezó á gritar por todas las calles: Venid á ver un hombre, que me ha adivinado toda mi vida; este es el Cristo, este es el Mesías que esperamos; él mismo es; lo que me ha dicho me hace conocer que es él; tanto dijo que entró en gana á muchos de ir á ver aquel hombre extraordinario. Entre tanto los discípulos que sabian que su maestro estaba fatigado y estenuado, le rogaban que comiese; mas él les respondió, que tenia un alimento que era mucho mas de su gusto, y le sostenia mas que el que ellos le presentaban; cuya respuesta hizo decir á sus discípulos: ¿le habrá traído alguno que comer? ¿Quereis saber, les añadió entonces, cual es este alimento con que yo me sustento? es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y cumplir su grande obra que es la salvacion de los hombres; yo quiero que vosotros trabajéis conmigo en ella; hay una gran cosecha en la que he resuelto ocuparos, y en que hay mucho que hacer. Tal vez me direis que quedan todavía cuatro meses hasta el tiempo de la cosecha, y yo os digo que está ya muy próxima. No teneis mas que considerar todos los pueblos de la tierra, he aquí el campo que os está destinado; vosotros los vereis tan prontos para la cosecha espiritual de que yo os hablo, como están las campiñas para la cosecha ordinaria, cuando los trigos están amarillos y del todo maduros. En esta especie de cosecha todos los que trabajan tienen su recompensa; el que siembra como el que recoge, cada uno tiene de qué congratularse. Yo os envío á hacer la recoleccion á unas tierras que vosotros no habeis labrado ni sembrado. Los que os han precedido, quiero decir, los patriarcas, los profetas, los doctores que Dios